

DISCURSO QUE EN LA SOLEMNIZACIÓN DEL ANIVERSARIO
DEL GLORIOSO DÍA DIEZ Y SEIS DE SEPTIEMBRE DE 1845
PRONUNCIÓ EN LA UNIVERSIDAD DE ESTA CAPITAL
EL C. LIC. J. J. C.

SEÑORES:

Cuando para desempeñar la honrosa comisión que se me confió, me he visto obligado a descorrer el velo que he procurado siempre colocar entre mis ojos, y el lamentable estado de la infortunada México; he retrocedido espantado al aspecto del cuadro que he descubierto. Sangre y horrores en la historia de lo pasado: miseria y disensiones en lo presente, tormentosa incertidumbre en el porvenir. El objeto que en este sitio nos reúne, es celebrar un día de grata remembranza: por tanto, yo desearía no llenar mi alma, sino con ideas de gloria; pero los males que aquejan a mi patria, han impreso allí una huella harto profunda: tristes imágenes se mezclan con mis pensamientos; y cuando anhelaría porque solo salieran de mi boca palabras de ventura, a mi pesar se abren mis labios para articular únicamente lúgubres sonidos.

El hecho que hoy recordamos, es muy grande para que pudiera ser desconocido: su narración se ha repetido muchas veces aquí; así pues, en mi discurso procuraré entrelazar con los sucesos algunas observaciones que me han parecido importantes, porque tienden al bien general, sin lisonjear ni zaherir a los partidos, y si alguna vez, los acontecimientos que refiero, presentan un carácter tal, que haga odiosos a sus autores, yo suplico que se tenga presente, que no está en mi mano cambiar la esencia de las cosas, y que no hay poder que baste a deshacer lo que el tiempo arrastró ya en su carrera irresistible. El oro, señores, tiene todo su valor, aun cuando está mezclado al más vil polvo; y yo espero que las verdades que se escuchen de mí, hallarán un eco en los corazones de todos los mexicanos, aunque sean proferidas en un estilo tosco.

A principio del Siglo XVI antes que tocase las playas del nuevo mundo, la expedición mandada por Grijalva, el mexicano vivía contento y feliz: sumiso a sus príncipes y obedeciendo sus leyes, hacía la guerra a sus enemigos para sujetarlos y proveerse de víctimas para los sacrificios, y cultivaba las ciencias y las artes en tiempo de paz. En vano algunos escritores europeos, han querido presentarlo como sumido en la barbarie; sus jeroglíficos hablan, sus palacios suntuosos, y sus monumentos artísticos, revelan un grado de civilización y de cultura muy distante de

aquel estado; aunque es cierto que conservaba todavía algunos feroces instintos de los hijos de las selvas, sacrificando en sus festividades al que había aprisionado en el campo de batalla. Al pisar Hernán Cortés, el suelo mexicano, el emperador Moteuczoma concibió, las más vivas inquietudes: rehusó admitirlo a su presencia, y colmándolo de preciosos regalos por medio de sus embajadores, procuraba alejar de su reino las calamidades que lo amenazaban a la llegada de extranjeros que montaban caballos impetuosos, y que manejaban a su voluntad el rayo de los cielos; pero el oro y la plata, reluciendo a las miradas ávidas de los aventureros españoles excitaban su avaricia. El oro fue el objeto único de todos los deseos, y para llegar a su adquisición, se trazó un camino de sangre y de crueldades que para honor de la humanidad, debiera haberse perdido para siempre de la memoria de los hombres. El capitán español encontró franqueza, hospitalidad, candor y virtudes, en fin, de que debieran avergonzarse aquellos europeos que blasonaban de su cultura y civilización. Desde entonces los mexicanos comenzaron a recibir el ultraje y la muerte, en cambio de su generosidad y desinterés.

La guerra comenzó con furor: animados los unos por el amor de su país: que querían salvar de una invasión injusta: excitados los otros por el instinto de su propia conservación, privados de los medios de retirada y siempre rodeados de enemigos: peleaban frenéticos con todo el ardor de la desesperación. Los encuentros se multiplicaban: las acciones su sucedían sin descanso: el estampido del cañón y el silbido de la flecha que habían ensordecido el aire durante el día, continuaban interrumpiendo el silencio de la noche: los mexicanos caían bajo las mortíferas armas de sus enemigos como las espigas bajo la hoz del segador y nuevos enjambres de guerreros se presentaban a sustituirlos para ofrecer a su turno a su patria el sacrificio de su existencia. Los montes y los valles: las ciudades y las campiñas fueron el teatro del exterminio y la devastación y el suelo de Anáhuac disputado heroicamente palmo a palmo se enrojeció al fin todo con la sangre de sus hijos. La Providencia en sus impenetrables designios quiso que triunfara el conquistador: Cortés se enseñoreó de las tierras vírgenes del nuevo mundo e hizo a sus moradores doblar el cuello bajo el yugo que debiera oprimirlos por tres siglos.

La pluma se resiste a trazar el cuadro que ofrecía México en los primeros tiempos de su esclavitud. El desgraciado indio sufría que el déspota execrable le robase sus tesoros, manchase su lecho conyugal, y marchitara la pureza virginal de sus hijas. Sepultado en las entrañas de la tierra en busca de oro sucumbía al exceso de las fatigas que se le imponían. Unido con cadenas a otros infelices compañeros de su suerte, si en un camino se rendían sus fuerzas bajo el peso de la enorme carga que llevaba; por evitar el trabajo de romper un anillo, su cabeza era separada de sus hombros con la misma facilidad con que un niño, troncha por diversión las amapolas de un jardín; y cuando exasperado por la desgracia buscaba en los bosques un abrigo, allí era perseguido y cazado cual un tigre y el español se complacía en encender la rabia de sus perros que destrozaban al inocente mexicano. Este nombre por sí, manifestaba esclavitud y abyección: el nombre solo de español era ya un título de dominación y tiranía. Pretender reseñar aunque ligeramente los sucesos de aquella

época, sería poner las almas sensibles en tortura; bastará decir que no podía ser más desgraciada la posición del indio. La religión santa de Jesucristo, único consuelo del hombre en la adversidad nació entonces en medio de la desolación universal: comenzó a extenderse y su influjo benéfico se hizo sentir bien pronto, aliviando visiblemente la suerte de los oprimidos.

Amortiguado un tanto el odio que habían encendido los primeros lances de la guerra: formado un vínculo nuevo con la comunidad de creencias religiosas: hablando todos el mismo idioma: aumentando diariamente la población española y con ella la civilización que entonces hacía sus progresos en la Europa, las costumbres mejoraban. El conocimiento que proporcionaba el trato comenzó a engendrar simpatías: las luces se extendieron, las clases se aproximaron, y se formaron enlaces que vinieron a disminuir la distancia entre el pueblo conquistador y el conquistado. Algunos hombres llenos de caridad evangélica alzaron sus clamores hasta el trono y los reyes católicos dirigieron sus miradas hacia sus vasallos de ultramar: se formaron leyes que proveían a su bienestar y a ellas se debió en gran parte, la paz y las garantías de que gozaron los mexicanos, aunque imperfectamente.

Sin embargo, era imposible que desapareciesen del todo las distinciones humillantes entre españoles y mexicanos: siempre señores los unos, esclavos siempre los otros: las consideraciones, las riquezas y empleos eran el patrimonio de aquellos, mientras que estos devoraban en silencio el desprecio con que se les cubría y la indignancia en que por lo general se hallaban sumidos. De un lado estaban los bienes, la fuerza los pasatiempos, y con ellos el esmero del lujo, la delicadeza del gusto, el recreo de la mente y el culto de las artes; y de otro, el trabajo, los afanes, la rusticidad y la ignorancia; pero entre la muchedumbre ignorante y tosca se hallaban pasiones enérgicas, impulsos generosos, profundas creencias y virtudes ásperas. El carácter noble del mexicano no podía sufrir este estado de envilecimiento: el yugo era demasiado fuerte para una nación que antes de recibirlo había visto perecer la flor de sus hijos y aniquilar su población y la exasperación aumentaba cuando la inquisición devoraba los hombres en sus hogueras o los hacía perecer lentamente en sus mazmorras.

El Señor Omnipotente que hace a los astros correr en el espacio, las curvas que su dedo trazara, tiene señalado un término a todas las calamidades. México fuerte ya, con las lecciones de la adversidad, con la ilustración de sus hijos y con su decisión enérgica, solo esperaba una ocasión oportuna para levantar su frente radiando de gloria, y esta oportunidad se presentó por fin, al asomar el presente siglo, en que los acontecimientos importantes se han sucedido ¡con tanta rapidez en todo el orbe. Era el año de 1810: la Europa atónita temblaba ante el genio de la guerra que la había dominado y la España bregaba por defender su propia independencia contra los ejércitos franceses que cual un torrente se habían precipitado sobre ella por todas partes: las circunstancias no podían ser mejores y a la media noche del 15 de septiembre un eclesiástico respetable pronunció en Dolores la voz de independencia.

Cuando el viajero que atraviesa los arenales abrasadores de la Arabia, encuentra la fuente solitaria del desierto descansa bajo la sombra de la palmera que la cubre,

refresca sus labios desecados y cobra nuevas fuerzas para arrostrar las penalidades que aun le esperan. Así mi alma que hasta aquí ha venido por una senda de horrores y de sangre, al tocar esta época se entrega a la expansión más deliciosa: querría olvidar lo pasado, echar sobre el porvenir un velo impenetrable, concentrarse en este día y formar de él solo la historia de México.

Señores, mis lágrimas han corrido mil veces al contemplar el patriotismo ardiente, la abnegación de sí mismo, la constancia, el valor y las demás virtudes que formaban el carácter del más grande de nuestros héroes, del cura de Dolores: cuando lo veo que sin desatender los deberes de su ministerio, sin dejar de ejercer la agricultura e impulsar la industria entre sus feligreses y sin abandonar el estudio, de las ciencias, maduraba un plan gigantesco y atrevido. En medio de mi entusiasmo recuerdo las hazañas de Alejandro, Augusto y los demás guerreros que han llenado la tierra con su fama, y al observar que todos han vencido porque tenían en su mano los medios conocidos de vencer, me parecen unos hombres comunes al lado del anciano valiente que solo, sin un soldado, sin un arma, sacudió el trono, del coloso que nos oprimió trescientos años y desafió su poder, sin otro auxilio que su amor a la libertad, ayudado por las concepciones grandiosas de su genio.

El gobierno puso luego en unión los recursos abundantes de que podía disponer para apagar el incendio: numerosos ejércitos de veteranos aguerridos salieron a campaña y el púlpito y el confesionario trabajaban sin reposo en desprestigiar la causa santa de la libertad; más todo era en vano: el grito que resonó en Dolores había sido escuchado desde los más remotos confines del Septentrión: el labrador abandonó el arado, dejó el literato sus tareas, el ministro del altar trocó el báculo con que dirigía sus ovejas, por la afilada lanza: todos volaron ansiosos al combate, y México que poco antes no mantenía en su seno más que esclavos, pudo contar desde este instante a sus soldados por el número de sus hijos.

Las guerras prolongadas son el gran libro en que el filósofo puede estudiar a los hombres analizando sus rasgos más sublimes y sus vicios más degradantes. En esas épocas de efervescencia, llevadas las pasiones a su más alto punto de exaltación producen acciones que tocan todos los extremos, y si entonces se cometen crímenes atroces; a su lado se miran actos frecuentes de virtudes. He aquí lo que sucedió en los once años que duró nuestra lucha de independencia: si algunos mexicanos desnaturalizados, olvidando su fin incendiaban las poblaciones robando, y asesinando sin distinción de edad ni sexo, a sus hermanos: si otros hacían de aquella guerra una serie de expediciones vandálicas que explotaban exclusivamente a su provecho: al otro extremo tenemos el valor denodado de Morelos que con un ejército bisoño e improvisado arrebató el laurel de la victoria en cien combates, a un enemigo experto: la serenidad imperturbable de Aldama que construía una trinchera bajo la sombra que formaba una nube de balas españolas: el desprendimiento de Terán que abandonando su caballo, dejó que los pedernales de los montes rasgasen sus pies, para tener una parte igual en las penalidades de su tropa: la heroica magnanimidad de Bravo que puso en libertad todos los prisioneros que había tomado al enemigo al recibir la nueva de que éste acababa de asesinar a su padre inocente e indefenso.

Que se pregunte a la España moderna cuanta sangre le costó el asesinato de la infeliz anciana madre de Cabrera y se me dirá luego si aquellas acciones son dignas de la admiración del mundo entero. Interminable sería, señores, si quisiera presentar los ejemplos que dieron nuestros héroes de la virtud más pura. Podría citar mil y mil hechos que arrebatrían dulcemente nuestra alma, si los oyésemos referir en el estilo hermoso del elocuente y tierno Chateaubriand; pero vosotros los conocéis: los conoce México: el universo civilizado los conoce y la historia apoderándose de ellos ha puesto al lado de cada uno la calificación que mereció.

Por desgracia la guerra no continuó siempre con vigor por parte de los independientes: faltaba un principio de uniformidad en la acción, pues muertos los primeros caudillos, los que quedaron a la cabeza de las fuerzas casi siempre se aislaron unos de otros y no pocas veces emplearon sus armas en destrozarse mutuamente a la vista del enemigo común, que sacaba de tales disensiones todo el partido imaginable. La España vencedora, entonces, de los franceses que había arrojado de su territorio y libre de embarazos, pudo caer sobre nosotros con todas sus fuerzas y ya parecía que tanta sangre vertida y tantos sacrificios iban a quedar estériles; pues la libertad no contaba con más que un débil punto de apoyo en el jefe que se ocultaba allá en las montañas escabrosas del Sur. En este estado de cosas el caudillo de Iguala tomó el mando del ejército liberal y su valor, su pericia militar, y su profunda política dieron la última mano a la grande obra comenzada en Dolores: en Setiembre de 1821 nuestra gloriosa emancipación fue un hecho consumado.

El problema de nuestra existencia política no estaba, aun, del todo resuelto, mientras no se determinara nuestro modo de ser. La gratitud entusiasta del pueblo, puso una corona en las sienes de Iturbide; la versatilidad humana y sus propias virtudes lo precipitaron desde lo alto del trono hasta el cadalso y una muerte afrentosa fue la recompensa que obtuvo el que dio a México libertad y derechos. Desde entonces ya no se quiso ensayar más la forma monárquica bajo que habíamos vivido. Anhelabamos por gozar el bien que acababamos de adquirir bajo aquella forma en que tuviera más ensanche: nuestros ojos que después de una obscuridad profunda recibían de repente un gran golpe de luz se fascinaron con la prosperidad del anglo-americano y sin más examen, transplantamos en nuestro suelo el árbol que fructicó con el Norte, abrazando el régimen federativo, que después de mil oscilaciones ha venido hoy, de nuevo, a ser materia de serias discusiones y objeto de aspiraciones fuertes.

Para desengañarnos de que se cometió entonces un error lamentable, bastará una ligera ojeada comparativa del estado de ambos pueblos al adoptar aquel sistema y sobre las causas que le impiden producir entre nosotros los mismos efectos que entre nuestros vecinos.

Nace el hombre: sus primeros años se pasan oscuramente entre los placeres o las ocupaciones de la infancia. Crece: empieza la virilidad, las puertas del mundo se abren por fin para recibirle; entra en roce con sus semejantes. Entonces se le estudia por la primera vez y se cree ver formarse en él, el germen de los vicios y virtudes de la edad madura. En esto dice un escritor moderno, hay un solemne error. Examíne-

se la criatura en los brazos de la madre, véase; el mundo exterior reflejar por primera vez en el espejo aun oscuro de su inteligencia; contéplense los primeros ejemplos que llaman sus miradas; escúchense las primeras palabras que despiertan en él las potencias adormecidas del alma; asístase, por fin a las primeras luchas que ha de sostener y entonces solamente, se comprenderá de donde vienen las preocupaciones, los hábitos y las pasiones que van a predominar en el resto de su vida. Alguna cosa semejante a esto pasa en las naciones: los pueblos siempre dejan traslucir su origen; las circunstancias que han acompañado su nacimiento y servido a su desarrollo, influyen en todo lo demás de su carrera. He aquí la razón que me ha obligado a remontarme con Toqueville hasta el origen del pueblo americano.

En el tiempo de las primeras emigraciones de los ingleses, reinaban las rencillas religiosas que ponían en desavenencia al mundo cristiano. La Inglaterra se había precipitado con una especie de furor en esta nueva carrera. El carácter de sus habitantes de grave y reflexivo que siempre había sido se volvió austero y argumentador. En estas luchas intelectuales se había aumentado mucho la instrucción y la mente había recibido un cultivo más profundo. Mientras se habían ocupado en hablar de religión, se habían hecho mucho más puras las costumbres. Todos estos caracteres generales de la nación se volvían a encontrar más o menos en la fisonomía de aquellos hijos suyos que habían ido en busca de un nuevo porvenir en las márgenes opuestas del océano.

Además en las nuevas colonias se percibía, ya que no el desenvolvimiento al menos el germen de una completa democracia, y había dos causas que contribuían a este resultado: se puede decir que por lo general, al partir los emigrados de la madre patria, no tenían idea alguna de superioridad unos en otros en cualquier cosa que fuese, pues no son los afortunados ni los poderosos los que se destierran, y la pobreza y la desgracia son los mejores garantes de igualdad que se conocen entre los hombres. No obstante, sucedió repetidas veces que pasaron a América algunos magnates a consecuencia de las disputas políticas o religiosas y entonces se vieron nacer leyes cuyo fin era fundar la jerarquía de las clases; pero en poco tiempo se conoció que el suelo americano repelía absolutamente la aristocracia territorial. Se vió que para hacer producir aquella tierra rebelde se necesitaba, nada menos que los anhelos constantes del mismo propietario: que sus productos no eran bastantes para enriquecer un amo y un arrendatario y el terreno se dividió naturalmente en pequeñas fincas que solo cultivaba el dueño. Se sabe que la tierra es el arraigo de la aristocracia, el suelo su apego y su arrimo; no son los privilegios los que la constituyen; no el nacimiento quien la establece, sino los bienes raíces transmitidos hereditariamente. Una nación pues, que no podía presentar grandes caudales territoriales, era esencialmente opuesta a la aristocracia.

La fundación de la nueva Inglaterra ha presentado un espectáculo nuevo y singular. Casi todas las colonias han tenido por primeros habitantes a hombres sin educación y sin recursos, a quienes el desamparo y la mala conducta impelían fuera de su país natal; o a especuladores ambiciosos y a empresarios de industria. Los emigrados pertenecían a todas las clases acomodadas de la metrópoli. Su reunión en

el suelo americano presentó desde su origen el fenómeno singular de una sociedad en que no se llamaban ni magnates ni gentes del pueblo: ellos llevaban admirables elementos de orden y moralidad; iban al desierto, acompañados de sus mujeres e hijos; pero lo que principalmente los diferenciaba de los demás, era el objeto de su empresa, pues no les forzaba la necesidad a abandonar su país dejando en él, una sensible posición social y medios seguros de existencia, y tampoco pasaban al nuevo mundo por mejorar su situación o aumentar sus riquezas, abandonaban, si, las dulzuras de la patria por obedecer a una urgencia puramente intelectual, pues exponiéndose a las cuitas inevitables del destierro, querían hacer triunfar *una idea*.

Los emigrados pertenecían a aquella secta que se llamó en Inglaterra, puritana que no solo era una doctrina religiosa sino que en varios puntos se confundía con las más absolutas teorías democráticas y de aquí vino que aquellos fogosos sectarios se granjeasen un número bien considerable de enemigos. Perseguidos los puritanos por el gobierno y mal recibidos por el rigor de sus principios, buscaron una tierra tan abandonada que se les diera lugar de vivir como querían y de rogar a Dios a todo su placer. Morton, el historiador de los primeros años de la fundación de la nueva Inglaterra comienza su narración, diciendo: "Siempre he estado persuadido de que era un deber sagrado para nosotros, cuyos padres han recibido prendas tan numerosas y memorables de la bondad divina en el establecimiento de la colonia, el perpetuar por escrito su recuerdo. Lo que nosotros mismos hemos visto y lo que nos han contado nuestros padres, debemos darlo a conocer a nuestros hijos, para que las generaciones venideras aprendan a alabar al Señor y para que la prole de Abraham, su siervo, y los hijos de Jacob su elegido, guarden siempre la memoria de las milagrosas obras de Dios." Es imposible leer este trozo de introducción, sin experimentar, aunque no se quiera, una impresión religiosa y solemne, pareciendo que se respira en él un ambiente de antigüedad y una especie de fragancia bíblica. La legislación de aquel pueblo nuevo estaba tomada en parte de los libros sagrados; y al que observe su primer contrato social y la manera de celebrarlo, no será difícil creer que él iba a ser feliz bajo las instituciones que adoptaba.

Vuélvase ahora la vista hacia las circunstancias en que México se precipitó en las formas eminentemente democráticas del régimen federativo. Un pueblo numeroso: sobre manera heterogéneo: diseminado en una vasta extensión territorial: con sus ideas aristocráticas arraigadas profundamente por los hábitos de muchos siglos: sumido en la ignorancia sistemada en que de estudio lo mantuvo siempre el gobierno español: desmoralizado por largas y continuas guerras; gastado en sus creencias religiosas por el contagio pestilente de las impías doctrinas de los filósofos del siglo XVIII: falto por fin, de aquella uniformidad de principios y caracteres que brillaba en los puritanos ingleses. Un pueblo tal no podía ser feliz y federado. No acostumbrado a los trabajos mentales, no podía tener un uso diario y continuo de su razón natural como se requiere esencialmente para sobreponerse a uno de los inconvenientes más visibles de la forma federal que consiste en la complicación de los medios que emplea, cuyo sistema pone necesariamente dos soberanías, una a la vista de la otra. El legislador consigue hacer tan sencillos e iguales como dable sea, los

movimientos de ambas, pudiéndolas encerrar en esferas de acción delineadas con exactitud pero le es imposible hacer que no haya más que una sola, ni evitar que se toquen en algún punto. “La constitución de los Estados Unidos, dice el citado escritor, se parece a aquellas bellas creaciones de la industria humana, colman de gloria y bienes a sus inventores; pero que quedan estériles en otras manos, como lo hemos visto poco ha, en México, pues sus habitantes queriendo establecer el sistema federativo, tomaron por dechado y copiaron casi enteramente la constitución federal de los anglo-americanos vecinos suyos; pero transportando entre ellos, la letra de la ley, no pudieron trasportar al mismo tiempo el espíritu que le da vida; y así se vio que se encontraban apurados sin cesar entre el rodaje de su duplicado gobierno, por cuanto la soberanía de los Estados y la Unión, saliendo del círculo que había trazado la constitución iba internándose cada día más una en otra y aun actualmente se halla la república de México remolcada de continuo, de la anarquía al despotismo militar y del despotismo militar a la anarquía.”

Bien presto se hicieron sentir entre nosotros los funestos efectos de la adopción inoportuna de aquel sistema. Al principio, como sucede siempre todo caminaba felizmente; más después la facilidad de alcanzar el poder abrió un campo vasto a la ambición. Pronto se presentaron en la escena hombres de un carácter nuevo, por la mayor parte educados en la clase inferior y no acostumbrados a vivir en aquella especie de sociedad que suaviza el carácter y disminuye la violencia de la vanidad civilizándola constantemente y moderadamente. Esta clase de hombres envidiosos contra todo género de distinción que da superioridad y a la cual llamaban aristocracia, abrigaban las doctrinas y teorías más exageradas, tomando a la letra y sin las modificaciones sociales, cuantos ciertos libros dicen sobre libertad e igualdad. Con estos nombres honrosos, cubrieron sus miras personales. Unos llenos de Rousseau que mal entienden, bebieron en sus obras el odio a cuanto es superior a ellos: otros adquirieron en Mably la admiración de las antiguas repúblicas y pretendieron introducir sus formas entre nosotros, a pesar de la inmensa distancia de tiempos y de la diferencia de lugares, hábitos y costumbres: estos quitando a Raynal la tea que encendió para reducir a pavesas todas las instituciones, la aplicaron indiscretamente a su patria y produjeron una conflagración universal: aquellos dignos discípulos del fanático Diderot, bramaba de cólera solo de oír el nombre de sacerdotes religión y culto; otros en fin trataron de ensayar fría y tranquilamente sus mal fundadas teorías y frenéticos de orgullo, nada, ni aun las más desastrosas revoluciones los detenían para ponerlas en práctica a cualquier costa.

Estos hombres lo atacaron todo, se enseñorearon de todo y todo lo devoraron. Las propiedades fueron el objeto de la más escandalosa depredación: los ciudadanos se veían de un instante a otro comprendidos en un decreto inicuo de ostracismo: las iglesias habían quedado huérfanas porque se les habían arrebatado sus pastores; y no contenta con esto la demagogia desenfrenada, entregada a sus bozales instintos, erguió su frente para insultar a la Divinidad. El pueblo que veía atentar contra las personas, contra los bienes y contra la sacrosanta religión de sus mayores, se levantó en masa y abatió la tiranía de un solo golpe.

Huyendo del desenfreno y la licencia de la época anterior, se tocó en el extremo opuesto. En vez de quitar solo la soberanía a las fracciones dejándoles siempre las facultades necesarias para proveer a sus necesidades locales, se concentró el gobierno en la capital; la constitución formó de él un completo monopolio, y los departamentos lejanos cuando experimentaban alguna urgencia del momento, se veían precisados a esperar que atravesase centenares de leguas el remedio siempre eficaz por tardío y porque lo aplicaba, quien absolutamente carecía de conocimientos del país y de las personas. Un gobierno exageradamente central, no puede convenir a una nación demasiado extensa, porque su acción llega tarde y extenuada a la extremidad lejana de los radios. La patria cuyas recientes heridas sangraban todavía, recibió sobre ellas otras nuevas; la guerra civil, ese azote destructor de los pueblos, se incendió con nuevo encarnizamiento, y formando su cuartel general, en la aspereza de las sierras amenazaba perpetuarse. La crisis era peligrosa, y la república salió de ella, como de las otras: un pronunciamiento por principio, una revolución por medio, algunas víctimas por desenlace, y aparecieron las bases famosas de Tacubaya.

Los sucesos de esta época señores, nadie los ha olvidado, porque afectaron a todos, y pasaron ayer. Sucesos asquerosos con cuya narración no mancharé mi boca. Jalisco levantó su voz, y el 6 de Diciembre de 1844, la capital presenció un espectáculo de que quizá no hay ejemplo en su historia: los ciudadanos de todas las creencias políticas, reunidos en derredor de la constitución restablecieron su imperio y organizaron un gobierno que gozando de una popularidad sin límites, parecía haber obrado el gran milagro político de la fusión de los partidos: ¡vana ilusión! hechos recientes muestran que la discordia vuelve a asomar entre nosotros su cabeza horrible, y la nación medio inclinada ya sobre el abismo, acabará por caer en su insondable sima.

Nada hay señores, en este bosquejo de exaltación o de mentira tal ha sido nuestra conducta social después de la independencia, y ella ha hecho que alguno diga que nuestra emancipación fue el acto de romper las ataduras que sujetaban a un loco para que convirtiese las fuerzas suyas hacia su propia destrucción.

Nuestro estado presente es la consecuencia forzosa de aquellos antecedentes. Exhausto el erario, y mal sistemada la hacienda: falto nuestro ejército de disciplina por la insubordinación que inevitablemente producen la desnudez y el hambre del soldado: la administración de justicia envuelta en un caos impenetrable: la miseria pública que crece: los crímenes que son su resultado, que se aumentan: una enorme deuda pública carga sobre nosotros: Tejas que está perdido; Tejas, señores, cuyo solo nombre hace correr por mi cuerpo un frío mortal: la desmembración sucesiva del territorio que nos amenaza; y para colmo de todo, grandes probabilidades nos anuncian una intervención extranjera que acabará infaliblemente con nuestra nacionalidad. En medio de este conjunto inaudito de males, mis ojos limitados solo alcanzan a ver una tabla de refugio. Existe un ciudadano, cuyo nombre no saldrá de mi boca porque yo a nadie adulo en él se encuentran el valor y la probidad, y se ven perfectamente hermanadas, la moderación de principios con la energía de ac-

ción: ama sinceramente a su país y esta lejos de él la mezquina ambición. Si todos los buenos mexicanos no se reúnen en torno suyo, y prescindiendo de miras personales y rastreras nos dirigen al bien general sus esfuerzos, combinados.... ¿Ay de México!..... algunos años más, y su nombre será raído de la lista de las naciones.

Señores, los pueblos no consagran esta especie de culto, al recuerdo de sus gloriosas épocas, solo por ostentar una inútil y vana pompa: no se complacen en ofrecer a los que mandan modelos de patriotismo y de virtudes que deben imitar. ¡Desgraciada la nación que solo encuentra motivo de ocio y pasatiempo en la memoria santa del día en que adquirió la libertad! -He aquí el motivo porque al lado de las hazañas de nuestros caudillos, he colocado el cuadro de nuestras desgracias: pluguiese al cielo que aquellos ejemplos inspirasen a los hombres influyentes que me escuchan el deseo eficaz de remediarlas.

Hidalgo, Iturbide, si desde la mansión de la verdad en que habitais, os es permitido dirigir una mirada hacia la nación que habéis levantado con vuestros esfuerzos y regado con vuestra sangre, rogad al Dueño del universo que haga participar a los mexicanos del fuego sagrado que animó vuestras almas patrióticas y ardientes: que terminen nuestras funestas disensiones: que queden sofocadas las aspiraciones personales; y que sea universal y profundo el respeto a las leyes. México entonces será feliz y un pueblo de héroes, se reunirá para celebrar la memoria de un héroe.- Dije.

Guadalajara

Imprenta del Superior gobierno.